



CIERRA BIEN LA PUERTA

**Crónica de mujeres
en dos actos**

Ignacio Amestoy



Fragmento

PERSONAJES

ROSA. Cuando comienza la obra, 48 años declarados... Madre de Ana. Veterana y reconocida periodista, es redactora emblemática de un gran periódico.

ANA. Cuando comienza la obra, 24 años reales. Hija de Rosa. Joven economista. Está en el paro, pero con un empleo en perspectiva dentro de una gran empresa europea.

TATA. Pasa de los setenta. Ha criado a Ana y es la gran confidente de Rosa.

Cierra bien la puerta, escrita en 1999, fue estrenada el 22 de diciembre de 2000, en el Teatro Adolfo Marsillach, de San Sebastián de los Reyes (Madrid). Dirección: Francisco Vidal. Escenografía y Vestuario: Ana Garay. Iluminación: Rafael Echeverz. Dirección de Producción: Juan José Afonso (Fila Siete). Interpretación: Beatriz Carvajal (Rosa), Ainhoa Amestoy (Ana) y

Elisenda Ribas (La Tata).

PRIMER ACTO

(Noche. Cerca de la madrugada. Es el salón-recibidor de una buena casa en las afueras de la gran ciudad. Es la residencia, rehabilitada, no excesivamente lujosa pero importante, de los Martínez de Madariaga, una familia con cierto abolengo que se ha defendido no mal en el último siglo. La estancia está a oscuras. En primer término, en un sofá, en pijama, dormita ANA, una joven. Descalza. Se agradece el muy suave frescor de la noche primaveral que penetra por los ventanales abiertos. Un leve viento hace que se muevan las cortinas. A pesar de todo, ANA se siente incómoda, pero no debe ser sólo por el calor que queda del día ya olvidado. ANA se levanta, nerviosa, y va hacia la cristalera. Por uno de los laterales aparecerá la TATA, que encenderá alguna luz. Se llega a percibir una escalera que sube a la planta superior y un mobiliario moderno, entre el que destaca una gran mesa baja, un mueble-bar, algunos sillones... Sobre las paredes, encarradas, primeras páginas de periódicos

con reportajes de la madre de ANA. En un lugar preferente, habrá un estilizado florero exento.)

TATA.— ¿Pero qué hace mi niña levantada a estas horas?

ANA (*Notamos que alza la voz para que le oiga la TATA, que debe de estar un poco sorda y que, tal vez por esta razón, también habla alto.*).— ¿Y qué hace mi Tata levantada a estas horas?

TATA.— He oído un run-run...

ANA.— Tata, tú no oyes nada...

TATA.— Tengo un sexto sentido que me hace oír lo que no oigo. Así que he oído un run-run, y...

ANA.— y... por eso me espías...

TATA.— Señorita, hasta nueva orden yo soy la guardiana de esta casa. Y, si algo raro pasa, la responsable soy yo.

ANA.— ¿Y, ahora, pasa algo raro?

TATA.— No es la primera vez que han querido asaltar la casa... ¿Te acuerdas de cuando tu madre estaba en el periódico con sus primeros escritos sobre los corruptos...? ¡Aquellos individuos! En cuanto me vieron, con una de las escopetas de caza de tu abuelo, huyeron con el rabo entre las piernas...

ANA.— (*Riendo.*) ¡Pum, pum!

TATA.— Tu madre tiene en mí, además de una ama de llaves, una centinela atenta...

ANA.— ¿Me pides el santo y seña, centinela?

TATA.— Tu madre es bien consciente de que si, en mis tiempos, hubieran dejado alistarse a las mujeres, yo, no lo dudes, habría hecho el servicio militar, y, a saber si, inclusive, no sólo a capitana, sino a coronela o generala hubiese llegado. ¡Ratones coloraos! ¡Maldita sea mi sombra!

ANA.— Tata, son las cuatro de la madrugada.

TATA.— Las cinco.

ANA.— Peor me lo pones... ¿Qué estamos haciendo las dos aquí?

TATA.— Eso es lo que yo me pregunto: ¿Qué hace mi niña, que no está durmiendo en su cama?

ANA.— ¿Qué hace la Tata, que no está durmiendo en su cama?

TATA.— Todavía no ha llegado su señora madre...

ANA.— No, aún no ha llegado mi... señora madre.

TATA.— Siempre me pasa lo mismo: hasta que no las tengo a las dos

en la cama, no puedo pegar ojo. Y así, unas veces por la madre, las más, y otras por mi niña, aquí estoy yo, de vigilia en vigilia. ¡Ratones coloraos!

ANA.— Vete a dormir, conque una de las dos esté despierta es bastante. Venga, te lo ordeno.

TATA.— ¿Con órdenes a mí?

ANA.— Sí, centinela. Ve a dormir.

TATA.— ¿Dormir...? ¡Qué más quisiera!

ANA.— Eso dices siempre; pero, luego, bien que roncas.

TATA.— Ojalá. ¡Roncar! *(Con un suspiro y santiguándose.)* ¡Ratones coloraos! ¡En qué familia fui a caer! ¡Roncar! ¡Pero si en esta casa hasta he perdido el sueño! ¡Con lo que a mí me gustaba dormir! ¡Maldita sea mi sombra!

ANA.— Acuéstate y descansa, entonces.

TATA.— ¿Y tú te vas a quedar aquí?

ANA.— Sí.

TATA.— ¿Sí?

ANA.— ¡Buenas noches, Tata! Mamá no tardará en llegar. ¡Buenas noches!

TATA.— ¿Buenas noches? ¡Buenos días! ¡Ratones coloraos!

(La TATA, rezongando, se irá por donde había venido. Antes de su mutis, apagará la luz que encendió al entrar. ANA volverá a echarse en el sofá. Al cabo, se oye el motor de gran cilindrada de un automóvil que se acerca y pronto también se verá la luz de sus potentes faros barriendo la estancia. El coche se para ante la que es la puerta de la casa, pero no se apagarán ni sus luces ni su motor. ANA se ha levantado, curiosa discretamente a través de los visillos, y, a continuación, se colocará mirando a la puerta, en uno de los laterales, expectante. Suena, al cerrarse, una de las puertas del coche, tras de lo cual el automóvil arranca y se va tan veloz como ha llegado. No pasa mucho tiempo hasta que se oye el sonido de una llave entrando torpemente en la cerradura de la puerta principal de la casa. Con cautela, quitándose los zapatos para no hacer ruido, hará su entrada ROSA, madre de ANA, una mujer ya madura, pero con desenvoltura juvenil. Junto al bolso, un portafolios y algunos periódicos, lleva una

espectacular cala, con su largo tallo y su blanca copa. Se cuida de no encender ninguna luz. De puntillas, muy lentamente y con dificultad, pues parece que el equilibrio le falla, ya que no debe venir muy sobria, se va acercando al esbelto florero vacío en el que introducirá, no sin arte, la cala. Todo un logro que celebra, hazaña que no será tenida en cuenta por ANA, que en ese momento intervendrá, inquisitorial, al tiempo que enciende la luz principal.)

ANA.— ¡Mamá!

ROSA.— *(Del susto, tras un pisotón en el suelo, despedirá por los aires los periódicos, el bolso y el portafolios, que aún llevaba en las manos.)* ¡La madre que te parió!

ANA.— ¿Sabes qué hora es?

ROSA.— *(Que, del susto, sufre unas palpitaciones, ha ido a sentarse al sofá, tendiéndose a lo largo.)* ¡Cabrona, la que no debe saber que hora es eres tú! ¡Ay! ¡Esto es un infarto! ¡Ay! ¡¡Ay!! ¡¡¡Ay!!!

ANA.— ¡Las cinco de la mañana, mamá!

ROSA.— Los infartos, a estas horas y en ejecutivas de mi edad, son los peores.

ANA.— ¡No eres una ejecutiva!

ROSA.— *(Incorporándose, ya casi repuesta.)* Soy una periodista. Una puta periodista, que es peor. *(Se pone en pie e intenta dirigirse hacia ANA, que no ha variado su posición en ningún momento. No puede, se mareo, y se tiene que volver a sentar.)* Me mareo, se me va la cabeza, todo me da vueltas... ¡Un infarto, Ana! ¡Una angina de pecho! ¡Esto es el final!

ANA.— *(Sin hacerle caso, va hacia el interruptor y da toda la luz del salón.)* El final de una buena borrachera... Por lo que veo, tu noche ha sido movida, porque con lo que tú aguantas...

ROSA.— *(Se levanta. Muy digna, y sacando fuerzas de flaqueza.)* ¡Anita! ¡Ana! ¡Ana Martínez! ¡Hija mía! ¿Me escuchas? ¿Tú me escuchas? ¿Me quieres escuchar?

ANA.— Te estoy escuchando.

ROSA.— *(Levantando el dedo índice de su mano derecha, para destacar lo que va a decir.)* ¡Bien! Uno: Tu madre, Rosa Martínez de Madariaga; para mis lectores, mis muchos

lectores, Rosa Martínez, punto, sin más; o sea, tu madre, es una señora y sabe beber. ¡Una señora! ¡Que controla! ¡Uno! ¡Que controla...! No lo olvides. Eso, no lo olvides.

ANA.— Lo malo no es que lo olvide yo, sino que lo olvides tú...

ROSA.— ¿Yo?

ANA.—... que te olvides de ser una señora... que controla.

ROSA.— (*Alza los dedos índice y medio de alguna de sus manos.*) ¡Dos! ¿Me escuchas? ¡Dos! Se trataba de una celebración. ¡Una celebración profesional! Tu madre, la periodista Rosa Martínez, punto, sin más; la notable, la muy notable, la sobresaliente, digamos, periodista Rosa Martínez, punto, sin más,... (*Busca el periódico por los suelos, y le enseña, sin alzarlo, la portada.*)... publica hoy una exclusiva que va a hacer temblar a este país. Si es que el hijoputa de “mi” director no ha levantado la edición a última hora, que todo puede ser... ¡Una exclusiva sensacional! Por eso, la tardanza, la hora... ¿Qué hora decías que era?

ANA.— Casi está amaneciendo. Las cinco de la ma-ña-na...

ROSA.— Hija, ha sido un cierre de periódico cabrón... ¡No se pide el procesamiento del presidente de una petrolera, un ex ministro, todos los días! Y... si son las cinco..., como si son las mil, Ana. ¡¿En veinticuatro años no te has enterado de los horarios de “nuestra” tan arriesgada como incomprendida profesión?!

ANA.— ¡“Tú” profesión!

ROSA.— “Nuestra” profesión, hija; al menos, hasta que “tu” licenciatura, “tu” doctorado en Empresariales y “tu” máster en Recursos Humanos no “nos” sirvan más que para ponerlos en “tu” muy brillante, muy largo y muy costoso currículum de muy ilustre...

ANA.—... pa-ra-da.

ROSA.— Eso: pa-ra-da. Gracias.

ANA.— Pues aquí tienes a esta pa-ra-da esperándote toda la noche.

ROSA.— Bueno, en sentido estricto tú no eres una parada, tú eres una titulada sin trabajo.

ANA.— Como miles de parados, mamá. ¡Titulada! ¿Para qué sirven los títulos?

ROSA.— ¡Un título es un título!

ANA.— ¡Sólo sirven para no tener la sensación de que eres una inútil!

ROSA.— No eres ninguna inútil.

ANA.— ¿Por eso dentro de cuatro horas tengo una cita con un amigo tuyo?

ROSA.— Todos necesitamos que nos echen una mano... Mi banquero...

ANA.—... tu banquero de los demonios, para el empleo en que te has empeñado para "tu"... ilustre parada.

ROSA.— Te lo mereces.

ANA.— Y me ibas a acompañar a esa entrevista.

ROSA.— Temías que tu madre no apareciese...

ANA.— ¡Estaba preocupada por ti! Lo del ex ministro... El "Abogado", tan peligroso, con tanto poder. ¡Información privilegiada! ¡Un mafioso! ¡Tus problemas tienen que ser mis problemas...! Pero mis problemas no está demostrado que sean los tuyos. ¡Es injusto! Que tenga que estar esperándote...

ROSA.— ¡Hija! ¿Tú me escuchas? ¿Me estás escuchando?

ANA.— Te escucho.

ROSA.— *(Ahora son los dedos índice, medio y anular los que muestra. Se ve que se encuentra francamente mal.)* ¡Uno, tu madre controla! ¡Dos, tu madre celebra su exclusiva! ¿O no puede celebrar una exclusiva? ¡Y tres..., tu madre tiene palpitations! Tu pobre madre tiene el corazón muy débil... *(Le da una arcada y sale rápidamente de la habitación, hacia el baño cercano, donde se le oye devolver.)*

ANA.— *(Se acerca hasta donde ha quedado el periódico. Coge el diario y lo lee con impaciencia. No tardará en aparecer ROSA. Radical.)* ¿Es cierto este titular de la primera página?

ROSA.— ¿Qué es lo cierto y qué lo incierto?

ANA.— Lo que es verdad es verdad, y lo que no es verdad es mentira.

ROSA.— He tenido que titularlo así. He tenido que... ceder. El director se ha empeñado. Me faltaba contrastar unos flecos. ¡Pero, bah! Había que publicarlo. ¡Nos quemaba en las manos! Además, la competencia sale hoy con otro escándalo. De faldas. El juez Ortega, tan correcto en la justicia, como

incorrecto en el sexo, ha dejado embarazada a la que fue novia de Cuesta, el famoso Cuesta del atentado. ¡O eso dice ella! Así que...

ANA.— ¡Pero cómo puedes publicar tus informaciones sin confirmar unos datos...!

ROSA.— ¡Sin contrastar...! No soy yo, es el periódico... Llega un momento en que no eres tú, es el periódico... Hay una ley en el periodismo, y en la vida, que dice: "Es para un señor..."

ANA.— "Es para un señor que lo quiere así."

ROSA.— Entendido, ¿no?

ANA.— ¿El director es ese señor?

ROSA.— El hijoputa del director es ese señor. Pero no es el único. Un periódico es una tribu de antropófagos en una selva de caníbales... *(De nuevo se vuelve a encontrar mal y sale disparada hacia el baño. Se oye cómo vomita otra vez.)*

ANA.— ¿Y tú eres antropófaga o caníval?

ROSA.— *(Apareciendo, tras el vómito.)* ¿Yo?

ANA.— *(Sin darle tregua.)* A las diez en punto tenemos que estar en el despacho del banquero.

ROSA.— *(La primera frase de ROSA, intencionadamente, se montará sobre la de ANA.)* ¡¡¡Estaremos!!! *(Parece resucitar.)* Ya me encuentro mejor... Estaremos. ¿Por qué te crees que he venido? ¡Después de haber editado la mayor exclusiva de mi vida! Un bombazo que va a hacer temblar a todos los fontaneros del poder, sean fijos, contratados o autónomos... ¿Lo coges? ¿Por qué estoy yo aquí? ¿Me escuchas?

ANA.— Ya.

ROSA.— Después..., además..., de que nada menos que todo un hombre me regalara esta preciosa y robusta cala a las tres de la madrugada. Tres de la madrugada... ¿Me escuchas? ¡Un broche de oro! ¿Quién crees que me ha traído en su coche?

ANA.— Pero, bueno, claro, vamos a ver, mamá, eso, exacto, precisamente: ¿qué significa esa cosa *(por la cala)*, dejando a un lado sus posibles connotaciones sexuales?, ¿quién te ha traído en su coche?, ¿cómo se te ha ocurrido quedar con alguien teniendo nuestra cita?, ¿cuándo pensabas venir a casa?, ¿dónde has dejado tu coche?, ¿por qué, a tus años,...?

ROSA.— ¡Alto! Qué, quién, cómo, cuándo, dónde y por qué... Muy

bien. Las seis preguntas clave del periodismo. No sé si eres una buena economista, pero, sin duda, podrías ser una magnífica periodista.

ANA.— ¡Te he hecho unas preguntas! ¿No me quieres contestar?

ROSA.— Qué, quién, cómo, cuándo, dónde y por qué... La pregunta más interesante, como siempre, es la última: ¿Por qué? El móvil. Más, si a quien interrogas es a tu madre... “¿Por qué a tu edad, digamos..., con 52 tacos..., vamos, una anciana..., te pillas un individuo, te subes a un deportivo y...? ¿A dónde vas, tía? ¿De qué vas? ¿A qué juegas?”

ANA.— Yo no te he preguntado eso.

ROSA.— No lo has preguntado... ¡Lo has afirmado! *(Se lleva las manos al pecho y se sienta.)* ¡Las palpitaciones...! ¡El infarto...! ¡La angina...! *(De un salto, se precipita sobre el mueble-bar, de donde sacará una botella de whisky y un vaso, en el que pondrá unos cubitos de hielo que extraerá del frigorífico del propio armario. Abrirá una botella pequeña de agua mineral y echará unas gotas al whisky.)* ¡Un whisky! ¡Voy a ponerme un whisky! ¡Porque si no...; si no, no respondo...!

ANA.— ¿Quién es él?

ROSA.— *(Que parece haber cogido fuerzas. Irónica.)* ¿Quién puede ser el gilipollas que se líe con esta... abuela?

ANA.— Todavía no te he dado nietos.

ROSA.— No lo digas muy alto...

ANA.— ¿Quién es?

ROSA.— ¡Eduardo Braun! ¿No nos has visto llegar?

ANA.— ¿Vuelves con Eduardo Braun?

ROSA.— “¿Vuelves con Eduardo Braun?” ¿Muy joven para tu madre?

ANA.— Siempre habéis sido amigos. Pero desde que dejó el periodismo...

ROSA.— Es un buen amigo... Y a ti te aprecia mucho.

ANA.— *(Turbada.)* Ahora... es todo un empresario... Agresivo y rompedor... Una estrella...

ROSA.— Ahí le tienes: del periodismo al pelotazo. Las comunicaciones, las redes, la modernidad, la posmodernidad, la especulación... y yo. ¡Todo dentro de lo económica y políticamente correcto! ¡Hasta yo! ¡Eduardo Pelotazo!

ANA.— Es de tus amigos más presentables; por lo menos, sabe quien es Beethoven y cuántas son dos y dos.....

ROSA.— ¡Sobre todo, eso! ¡Eduardo Pelotazo! ¡Qué noche! (*Bebe.*) Parece que mi taquicardia va mejor. (*Vuelve a beber.*) Para que el coche funcione, ¡gasolina! ¿No te sirves nada?

ANA.— ¿No tienes sueño?

ROSA.— Hoy, precisamente, ni pizca de sueño. Velo las armas. Como Don Quijote. En estos momentos estoy llevando a uno de los empresarios más destacados de este país, además de ex político, a la picota... He cogido al “Abogado” con las manos en la masa. ¡Nunca pensé que yo sería quien empapelase al “Abogado”! ¡Tu madre, Anita, es una buena periodista! ¡Ha sido un éxito!

ANA.— ¡Y toda la profesión a tus pies!

ROSA.— Eso, por una parte. Y, por otra, la noche, aunque ha sido corta, no ha estado nada mal.

ANA.— ¡Mamá, a tus años...!

ROSA.— Precisamente, a mis años. ¡Lo cual no deja de tener su mérito! ¡Qué noche!

ANA.— ¡Mamá!

ROSA.— (*Desviando la conversación.*) ¡Y, por si fuera poco, mi hija va a ser contratada mañana, hoy, por una de las más importantes fundaciones bancarias de la Unión Europea, de la Europa del euro!

ANA.— ¿Estás segura?

ROSA.— Eso ya lo has conseguido.

ANA.— ¿Yo?

ROSA.— ¡Con tantos acontecimientos, no hay quien se vaya a dormir! Venga, tómate una de esas coca-cola “light” sin cafeína, que te gustan tanto, y que son... (*está eufórica, y se subirá a la mesa, como si fuera la presentadora de un show*)... el paradigma de ¡la posmodernidad! ¡Sin azúcar, sin cafeína, ni cola, ni coca! ¡¡La nada!! ¡¡La nada filosófica convertida en... “bebida basura”!!!

ANA.— Mamá, a las diez de la mañana tenemos “mi examen”...

ROSA.— ¿Examen? ¿Qué dices?

ANA.— ¡Sí! ¡Tengo que estar despejada! ¡Me voy a la cama!

ROSA.— Un momento, niña. Sólo te pido que te tomes una copa

conmigo. ¡Una coca-cola! Hoy es un gran día. O, mejor, hoy es una gran víspera. Y la víspera es lo mejor que tienen los grandes días. ¿Me escuchas?

ANA.— Vale. ¡Quince minutos! ¡Ni uno más! Un cuarto de hora y nos vamos a la cama.

ROSA.— ¡Anita, Anita! Ya estás como siempre. Poniéndome el reloj, para que fiche... El que hayas estudiado para directora de Recursos Humanos no quiere decir que seas mi Jefe de Personal... ¡No pareces hija mía!

ANA.— *(Que se ha servido rápidamente una coca-cola "light".)* ¡Por hoy!

ROSA.— ¡Buen brindis! ¡Por hoy, y por todas las vísperas! *(Brindan. Sigue con su razonamiento anterior.)* Hija, analizándote bien, pareces alemana.

ANA.— A lo mejor, lo soy.

ROSA.— No. No es posible. ¡Y no te creas que no le he dado vueltas al tema! Mientras fuiste una niña, tenía por seguro quién era tu padre. Hubiera puesto la mano en el fuego.

ANA.— Ya estamos... ¡Me da igual quién fuese mi padre! Por supuesto que fue alguien que te dió una buena noche; una, por lo menos.

ROSA.— No estés tan segura, cariño. Mi vida, como la de la mayor parte de las mujeres, está llena de expectativas. ¡Pero, éxitos, lo que se dice éxitos...! ¡Con los dedos de una mano! ¡Expectativas, sí! ¡Un museo de expectativas! ¡El Prado! Muchas expectativas... Algunos triunfos, claro. Pocos, apoteósicos. Bastantes empates. ¡Que no está mal! Y el resto, derrotas. ¡El balance, pan para hoy y hambre para mañana! ¡Mucha hambre!

ANA.— También lo pudisteis resolver en diez precipitados minutos, cualquier noche de... cierre...

ROSA.— ¡Caliente, caliente!

ANA.— En un despacho, en el servicio... O en un aparcamiento.

ROSA.— ¿En un aparcamiento...? ¡Ajá! Nunca puedes decir de este agua no beberé...

ANA.— ¿Verdad?

ROSA.— A mí, lo más increíble me ocurrió en un taxi... Éramos tres parejas. No sé ni cómo cupimos... ¡Ni cómo pudo ser lo que

fue...! ¿Prestidigitación, acrobacia o contorsionismo?

ANA.— Mamá, en tu vida lo único que han faltado han sido los payasos.

ROSA.— ¡Hija mía, yo he sido la gran payasa!

ANA.— Pues me has hecho reír muy poco.

ROSA.— Lo siento. Pero he sido la payasa... Una payasa..., ahora ya muy mayor. *(De pronto, rompe a llorar.)*

ANA.— ¡Mamá! ¿Te vas a poner a llorar?

ROSA.— *(Entre sollozos.)* Los payasos viejos siempre me han dado mucha pena...

ANA.— ¡Vaya noche!

ROSA.— Hija, mañana vas a empezar a irte de mi lado... Las cosas, como son.

ANA.— ¿Cuántas veces has dicho que los de tu bendita generación están deseando que sus hijos dejen de estudiar eternamente y se pongan a trabajar, para que no les den los cuarenta en casa, comiendo la sopa boba?

ROSA.— No es nuestro caso. No has entendido lo que te he querido decir.

ANA.— ¿Qué me me has querido decir, mamá?

ROSA.— ¡Que tengo cuarenta y ocho años!

ANA.— Cuarenta y ocho...

ROSA.— Cuarenta y ocho, oficiales. Declarados. Públicos. Punto, sin más. Y en esta noche te estoy empezando a pasar el testigo. ¿Recuerdas a los corredores del 4 x 100 en el estadio? Es la más apasionante de las carreras. El testigo, el palito... ¿Me escuchas?

ANA.— Sí, te escucho, y sé lo que es un “testigo”.

ROSA.— El testigo va pasando de atleta en atleta. Como en la vida... La vida es una interminable carrera de relevos. En recoger el legado de quien nos precede, hacer el recorrido y entregarlo a nuestro sucesor, se nos va la carrera, se nos va la vida. Y rara vez la aventura transcurre a gusto del atleta. Tardamos demasiado en aprender, si es que llegamos a aprender alguna vez algo.

ANA.— ¿Yo ya he aprendido?

ROSA.— Tú vas a salir a la pista. Estás inquieta, nerviosa, atenta. Esta noche no me acababas de ver en el horizonte de la recta

por la que esperabas que llegara con nuestro testigo, mío y también tuyo... Pero ya estoy aquí. ¡Borracha!, pero estoy aquí. Sin demasiado estilo atlético, pero dentro de los márgenes horarios previstos. Yo ya estoy llegando a mi meta, que es tu punto de salida.

ANA.— Te preguntaba si yo he aprendido.

ROSA.— ¿Saberse la teoría es haber aprendido?

ANA.— Tú lo sabrás mejor que yo.

ROSA.— ¿Pero tú qué piensas?

ANA.— Yo lo único que quiero es que mañana la entrevista salga bien.

ROSA.— Y subirte al gran carro multinacional... ¡Hasta que te quieras bajar! ¿Sabes? Ma dan ganas de no entregarte el testigo... ¿Me escuchas?

ANA.— Lo más probable es que no merezca que me des el testigo. Me siento una fracasada antes de comenzar... Frente a tus aciertos...

ROSA.— ¿Fracasada? Niña, si no fueras mi hija te partía la cara. Tú no has fracasado. Lo único que pasa es que no tienes empleo... ¡Como miles y miles! *(Con no disimulado orgullo.)* Bueno, ¿hablabas de mis aciertos? *(Vuelve a ser la ROSA agresiva.)* ¡En eso, no te falta razón...! Pero...

ANA.— Mamá..., creo que lo mejor es que nos vayamos a descansar un rato... Aún podemos dormir unas horas.

ROSA.— No ha acabado tu tiempo.

ANA.— Sí, ya pasó. No hay más que hablar.

ROSA.— *(Rotunda. No le hemos visto una reacción como ésta hasta ahora.)* ¡Sí hay más que hablar! *(Contemporizando.)* Tómate otra copa. ¿Un whisky, conmigo?

ANA.— *(Un poco atemorizada.)* Con la condición de que el tuyo sea tu último whisky en esta noche.

ROSA.— Y el tuyo, el primero; tu primer whisky en esta noche...

ANA.—... y, también, el último.

ROSA.— *(Tras servirse.)* ¡Aciertos...! Hablando sinceramente, nos equivocamos. Miro atrás y veo que me he equivocado en casi todo. Uno de mis pocos aciertos, por no decir el único, has sido tú. Un acierto de última hora, pero acierto. ¿Me oyes, Ana? Tú. Alguien que, paradójicamente, aunque sea mi hija, es para mí...

¡una desconocida!

ANA.— ¿Una desconocida? ¡Por favor...!

ROSA.— Pero eres la persona a la que voy a ceder mi testigo, a la que tengo que ceder mi testigo. Con eso es suficiente.

ANA.— Con eso, Rosa Martínez, punto, sin más, ha cumplido.

ROSA.— Sí.

ANA.— (*Bebe.*) Pensé que no ibas a venir. Que te habías olvidado de mí.

ROSA.— ¿Me he olvidado muchas veces de ti?

ANA.— Siempre estás tan ocupada. Bueno, sólo quedan unas horas...

ROSA.— ¿Sabes? Me ha gustado que esta noche me estuvieras esperando. ¡Fíjate que casi me he olvidado de mi heroicidad de haber dejado sin postre a Eduardo Pelotazo...! Cuando le he dicho que no podía quedarme con él, y que, por favor, dado que yo tenía la copa de más, me trajera a casa, se le ha puesto cara de mediopensionista...

ANA.— ¿Va en serio?

ROSA.— ¿Qué?

ANA.— Lo de Eduardo.

ROSA.— ¿Qué es ir en serio?

ANA.— Una flor como ésta no se regala, de madrugada... Se pide algo a cambio. Algún servicio especial.

ROSA.— Tú conoces a Eduardo...

ANA.— ¿Le conozco?

ROSA.— Nos entendemos muy bien. Yo le ayudo y él me ayuda. Confío absolutamente en él. Ha estado muy cerca de mí en este último reportaje. Algunos datos... del "Abogado" me los ha dado él. Eduardo ha tenido negocios con el "Abogado". ¿Me escuchas?

ANA.— ¿Utilizas a Eduardo o él te utiliza a ti?

ROSA.— ¡Ha estado a mi lado! ¡Y esta noche, especialmente! ¡Tú no sabes cómo tiemblan las piernas cuando mandas unas páginas como las de hoy al agujero negro del ordenador del periódico! Y, luego, observar al director, con una sonrisa satánica, leer la última prueba de la gran exclusiva... Ha sido aterrador. Era como el piloto de un bombardero nuclear sobrevolando el objetivo antes de pulsar el lanzador de su

artefacto asesino. Verle repasar los párrafos, especialmente venenosos, que él personalmente ha retocado... ¡En una información que va firmada por ti! Es entonces, entonces, cuando te acojonas y... maldices el no tener a mano una botella de whisky, o, simplemente, a un hombre... (*Bebe.*) Un sudor frío te sube por las piernas temblorosas..., te recorre vertiginosamente las tripas, para terminar cogiéndote con su puño la garganta... Acababan de dar las diez de la noche. El puño me estaba dejando sin respiración. Y fue en ese preciso instante cuando decidí... llamar a Eduardo.

ANA.— ¿Por qué no me has llamado a mí?

ROSA.— Tú eres mi hija.

ANA.— ¿Y él qué es?

ROSA.— Además de otras cosas, un cómplice.

ANA.— ¿La complicidad no es peligrosa?

ROSA.— Tal vez. (*Brindando.*) ¡Por Eduardo Pelotazo!

ANA.— ¿A partir de mañana, en los momentos delicados, me llamarás a mí? ¡Puedo ser tu amiga!

ROSA.— (*Sin tener demasiado en cuenta a su hija, orgullosa de su peripecia.*) Yo tenía la exclusiva editada desde las cuatro de la tarde. ¡De las cuatro a las nueve, el despacho del director ha sido el camarote de los hermanos Marx! Se tira la primera edición, “sin” el reportaje. A las diez de la noche, me dice el director que hoy no sale lo mío. Pero en el mismo instante en que voy a largarme, ¡no te digo con qué cabreo!, llega la primera edición de la competencia. ¡Con el escándalo del juez Ortega y el embarazo de la novia del pobre Cuesta...! “¡Rosa, no te puedes ir!” Adelante con mi información; después de ser otra vez retocada. Lo que no dejaba de joderme. Pero, bueno, ahí estaba Rosa Martínez, punto, sin más, ¡en primera!, a toda pastilla. ¡Otra vez en la cresta de la ola! Una raya más para el tigre. “El director, que te llama”. Que se va a una cena muy importante. “¿Con el juez o con su embarazada?”. “¡Ja, ja!” Se ríe como un cerdo. Que tengo una llamada urgente. “Tu ex ministro, el “Abogado”, quiere hablarte para hacer unas declaraciones. Que le llames al teléfono que tú sabes. Va a hablar”. ¿¡Que ahora quiere largar ese calzonazos!?! ¡Después de haberme tenido dos semanas con los ovarios a remojo! Que llevo una página más

para la última edición. “En cuanto esté, que me lo pasen al restaurante.” Y la gracietta final de mi Groucho Marx particular: “¡Rosa Martínez, con este reportaje..., te van a dar una patada en mi culo...!” ¡Ja! ¡¡Ja!! ¡¡¡Ja!!!

ANA.— ¡Es para un señor que lo quiere así!

ROSA.— ¿En ese momento, Anita, qué puedo hacer? ¿Llamarte a ti? Llamé a Eduardo y le dije: “Eduardo, sale mañana. El director lleva el agua a su molino, pero sale. Y el “Abogado” va a hablar. A la fuerza ahorcan. Está esperando, como un mendigo, mi llamada. Ahora, él..., con las pelotas al-bañomaría. Mañana el muy cabrón irá por mí, pero hoy está como un corderito. Tengo para dos horas... Eduardo, espérame. ¿Me escuchas? A la una, donde siempre. ¿Me estás escuchando? Eduardo, si yo estuviera ahora contigo... ¿Eduardo, me escuchas? ¿Sabes lo que te haría...? ¿Me escuchas bien?”

ANA.— (*Sorprendida e incómoda por este final.*) ¡Mamá!

ROSA.— ¡Exactamente, eso, Eduardo!

ANA.— ¡Mamá!

ROSA.— (*Saliendo del trance.*) ¿Qué pasa, hija?

ANA.— (*En una pregunta que se hace a sí misma.*) ¿Estás bien?

ROSA.— Dame un poco más de whisky. La-última-última-de-la-última.

ANA.— (*No hace caso y va a salir fuera del salón.*) Buenas noches, mamá. Se acabó el tiempo. A las nueve salimos para la cita. Con mi coche.

ROSA.— ¡No te gusta tu madre! Es eso. ¿No? Tu madre real. (*ANA se ha quedado parada, sin saber qué hacer. Su poca seguridad se desmorona.*) Cuanto más me descubro ante ti, más te asusto.

ANA.— Te conozco de sobra, mamá. Sé muchas cosas de ti, y las demás me las imagino.

ROSA.— No, no me conoces. No me conoces porque yo no he querido que me conocieras. Si llegaras, un día, a saber quién es tu madre, alucinabas.

ANA.— ¡A ver, alucíname!

ROSA.— No me conoces. (*Gritando.*) ¡No me conoces! (*Se sirve otra copa.*) ¿Sabes, por ejemplo, que mañana no voy a ir contigo a la cita?

ANA.— ¿Lo dices en broma... o en serio?

ROSA.— (*Le mira todo lo fijamente que le es posible.*) En serio, niña. Muy en serio. Te lo quería decir. Ha venido bien que, a mi vuelta, estuvieras despierta. (*Apura el whisky y deja el vaso encima de la mesa.*) Así, ya lo sabes. Buenas noches, Anita. ¡Vete a descansar! Relájate y duerme, que a las nueve tienes que salir para la cita... La Tata te despertará a las siete y te preparará un buen desayuno. Yo me encargo. Te fías de mí, ¿no?

ANA.— (*Se pone ante ella.*) ¡No me puedes hacer esto!

ROSA.— ¿Qué es lo que te hago? Tú tienes una cita. Una cita importante. Tú. Yo, no.

ANA.— No lo habíamos pensado así.

ROSA.— Tú no lo habrías pensado así.

ANA.— Siempre me has hecho lo mismo. Me ofreces la luna y me la quitas... Me lo hiciste con Borges. “¡Un perro para Ana! Para que tenga un compañero...” Mientras el perro te hizo caso, todo perfecto. Cuando empezó a depender de mí, cuando fue de verdad mi compañero, cuando fuimos uña y carne..., lo hiciste desaparecer. No soportabas que el perro no girara a tu alrededor... No soportabas que pudiera haber un mundo pequeño en el que viviéramos Borges y yo.

ROSA.— ¿A qué viene ahora lo de Borges...? Pensaba que lo de Borges había quedado claro. La que no debías estar girando día y noche alrededor de él eras tú...

ANA.— ¡Vale, Rosa Martínez, punto, sin más! ¡Vale!

ROSA.— ¿Quieres la luna? ¡Cógela!

ANA.— En el último momento, me dejas en la estacada.

ROSA.— ¡Las vísperas siempre son más bellas que los grandes días! Mañana ya es hoy. Se acabó tu tiempo, ¿no? Déjame sola. Porque es como estoy; sola. ¡Sola, sola, sola...! ¡Hasta mañana!

ANA.— ¿Qué es lo que estás diciendo? ¡Sola! ¿Tú? ¡Tú! ¿Y yo, qué? ¿Por qué has venido entonces? ¿Por qué no te has quedado toda la noche en la cama con tu amigo, follándotelo una y mil veces, hasta acabar con tu acojono por tu gran exclusiva periodística...? ¿Por qué la borrachera, esa flor y toda tu basura? Sabías que estaba despierta. Lo sabías. Debe ser cierto que todavía no te

conozco bien, mamá. Te vas ocultando, y no me dejas acercarme a ti. Eres un espejismo. Una visión. Veo mil Rosas Martínez, punto, sin más, y no veo ninguna. Estás delante de mí y, de pronto, te escurres entre los velos de una realidad que no comprendo. ¿Por qué te escapabas? Me conoces tú mejor a mí que yo a ti. Sí. Por eso sabías que yo esta noche estaría esperándote. Desconcertada, angustiada, aterrorizada..., porque desconocía qué estaba pasando conmigo, desconocía qué estaba pasando contigo. Pero estaba segura de que algo pasaba... Sabía que hoy tenías previsto publicar tu exclusiva. En esta casa casi no hay secretos para mí, mamá. Durante más de un año te he visto perseguir tu exclusiva a todas horas, hasta en sueños. Yo oigo todas las conversaciones, telefónicas y no telefónicas. Y oigo los sueños, y las pesadillas. Me has obligado a estar pendiente de todos tus movimientos, de todas tus palabras, de todos tus silencios. Te vigilo de día y de noche. Cuando llegas, cuando te vas, con quién quedas, lo que le ordenas a la Tata, los pedidos que haces, la ropa que te compras, tu lencería muy especial, los metros de hilo de oro que llevas, tus ampollas de colágeno, tus tranquilizantes de noche y tus excitantes de día, tus médicos, tu asesor fiscal, el movimiento de tus cuentas corrientes, cómo operas con tu dinero y... con el mío. Tus inversiones. Los préstamos que haces... ¿El que le has concedido a Eduardo ha sido con tu herencia o con la mía?

ROSA.— ¡Basta! Ese dinero, todo nuestro dinero, lo administro yo. Desde que murieron los abuelos, he multiplicado el patrimonio por diez. El patrimonio, que, en una parte, es mío y, en otra, tuyo. ¿O quieres que lo repartamos, y tú por aquí y yo por allá?

ANA.— Igual era lo mejor.

ROSA.— ¿Lo quieres?

ANA.— Igual es lo mejor.

ROSA.— ¿Lo mejor, para quién?

ANA.— Para mí.

ROSA.— ¿Qué harías por ahí, sola?

ANA.— ¡Qué hago por aquí, sola! Porque, aquí, soy yo la que está sola. ¿Vale?

ROSA.— Me tienes a mí. Siempre me has tenido a mí.

ANA.— Sí, siempre te he tenido a ti.

ROSA.— ¿Me reprochas algo?

ANA.— No es que no me quieras ayudar, es que quieres anularme.
Que sea nada, nadie, cero. Te reprocho que no me dejes salir
de esta casa.

ROSA.— Suponiendo que tú quieras salir.

ANA.— Esto es un laberinto. Tú me has encerrado en este
laberinto. Y tú eres la que me tienes que sacar de él.

ROSA.— ¡¡¡Soy Ariadna!!! ¿Dónde está mi cordel mágico?

ANA.— ¡No me dejes ahora! Si me dejas, me perderás. ¡Me
perderás! (*Le busca sus manos.*) ¡Tus manos!

ROSA.— Tienes las tuyas.

ANA.— No quiero dar ese paso sin ti. Nunca jamás te pediré que
me vuelvas a dar tus manos... ¡Nunca!

ROSA.— (*Va a hacer mutis.*) Buenas noches, Ana.

ANA.— No te creas que no lo puedo hacer. Te equivocarías. Es
que no lo quiero hacer sin ti. Por mí... y por ti. Sobre todo, por
ti.

ROSA.— ¿Por mí?

ANA.— ¡Mírate en cualquier espejo! ¿Qué has hecho de ti misma?

ROSA.— ¿Que qué he hecho de mí? ¿Me preguntas eso? ¿Tú me
escuchas, niña? ¿Me estás escuchando? Soy una de las
periodistas más influyentes de esta país.

ANA.— ¿Por cuánto tiempo?

ROSA.— ¡Y me lo dices hoy! ¡Conecta las radios ahora mismo!
¡Internet! Espera a las siete de la mañana y oirás sonar los
teléfonos como si ésta fuera la Casa Blanca.

ANA.— Te dan bola mientras les sirves.

ROSA.— ¡Vaya descubrimiento, niña! ¡Tú no te has enterado todavía
de lo que es la vida! Sí, te dan bola mientras les sirves. Me alegro
de que te hayas enterado. ¡Eso no se enseña en el colegio, ni en
la universidad!

ANA.— Tampoco, aquí.

ROSA.— ¡Cojones! ¿Pero qué te he hecho yo para que digas
eso...?

ANA.— Lo que has hecho y lo que no has hecho.

ROSA.— ¿Qué no he hecho? ¿Qué he hecho?

ANA.— ¿Qué has hecho? Encerrarme en esta cárcel,
condenándome a cadena perpetua... ¿Qué no has hecho?

ROSA.— ¿Qué no he hecho?

ANA.— *(Conteniendo el llanto.)* Con ser muy singular el que no me hayas querido dar un padre..., ha sido peor que no me hayas sabido dar una madre... *(Estalla en llanto y corre a abrazar a su madre, y le tapa la boca con sus dos manos.)* ¡Tengo miedo!

ROSA.— *(Tras abrazarla con fuerza a su hija y besarla.)* ¡Pufff! ¡Tómate otra copa!

ANA.— ¡No!

ROSA.— *(Llena dos vasos, y uno se lo da a Ana.)* ¡La final!

ANA.— Eres lo único que tengo, mamá. Yo soy tú. Las personas que he tenido más cerca, además de ti, fueron los abuelos, que nunca me sintieron del todo como suya. Nadie más. Bueno, la Tata... Que, aunque no oiga nada, ¡ratones coloraos!, ahora mismo estará escuchando todo lo que decimos. ¡Cuántas veces ha sido mi salvación...!

ROSA.— ¡Pues la mía...!

ANA.— ¡Cuántas veces me abrazaba a la Tata, como si me abrazara a ti!

ROSA.— ¡Hija!

ANA.— La Tata, los abuelos, tú..., y nadie más. Ni en el colegio. Ni en la universidad. Nadie más.

ROSA.— ¿Nadie más? Ana, no te puedo creer.

ANA.— En una ocasión, estuve a punto de tener un amigo...

ROSA.— ¡Un amigo! Eso me puede interesar...

ANA.— Fue como el paso de un fantasma... ¡Pero los fantasmas son eso, fantasmas!

ROSA.— Ana, si no quieres contármelo...

ANA.— El fantasma se llamaba Eduardo Braun.

ROSA.— ¿Eduardo?

ANA.— ¿Te extraña?

ROSA.— Sí y no. ¡Pura “deformación profesional”! Los periodistas estamos preparados para todo, y para lo contrario. ¿Cuándo fue?

ANA.— Hace dos años.

ROSA.— ¡Dos años!

ANA.— Fue mi primer hombre, mi primer fantasma.

ROSA.— ¿Qué pasó?

ANA.— ¿No lo sabes? ¿De verdad no lo sabes?

ROSA.— No.

ANA.— Hace dos años ya. Alguien... El destino, una tarde, me lo puso delante. Fue al día siguiente de salir tú hacia Chile, para aquella serie de reportajes... Llegó a casa equivocado, pensando que no te habías ido todavía... Durante una semana, Eduardo me volvió loca. Seis tardes. Siete, para ser exactos. Me volvió loca. O cuerda. A mí, una infeliz aún, pese a mis veintidós años recién cumplidos. Eduardo iluminó este laberinto mío. Al irse, la oscuridad fue más negra. Lo que me hace, hoy todavía, más difícil salir de él.

ROSA.— ¿De Eduardo o del laberinto?

ANA.— No seas zafia, mamá...

ROSA.— ¡Perdón!

ANA.— Además, ¿no es lo mismo? Eduardo forma parte de tu laberinto, que es mi laberinto... ¡Volviste y Eduardo desapareció! Pero yo me quedé aquí dentro con sus demonios. ¿O son los tuyos? ¿O los míos?

ROSA.— ¿Qué hubo entre los dos?

ANA.— Todo... y nada. Todo y todo. Fueron seis tardes. Siete. La primera tarde, hablamos mucho rato. Hablamos de la necesidad de quitarnos las caretas y los disfraces. Y acabamos desnudándonos. Desnudándonos realmente. Nos desnudamos el uno ante el otro. Lentamente. Y nos miramos. Lentamente. Así, las cinco tardes siguientes. No sé si él llegó a saber quién era yo. Yo sí supe quién era él. Seis tardes de búsqueda. Cada tarde, el mismo rito. Desnudándonos el uno delante del otro. Buscándonos. Al menos, yo le busqué. Y llegué a encontrarle. Y cuando le dije que le había encontrado y que le empezaba a conocer, él me dijo que le estaba dando miedo. ¡Que yo le daba miedo! No hubo séptima tarde. La séptima tarde no vino. Me desnudé también. Para él, y para mí. Me busqué a mí misma. Aquella séptima tarde lo supe todo de mí. (ROSA abraza a su hija.) No me importa que no me acompañes a la cita.

ROSA.— Me estoy viendo, en medio de la pista, con el testigo en la mano... ¿Y sabes de lo que tengo ganas?

ANA.— No lo sé, mamá.

ROSA.— De seguir corriendo.

ANA.— (Va a hacer mutis.) ¡Buenas noches!

ROSA.— Espera, quiero decirte...

ANA.— Sí...

ROSA.— Quiero decirte que... a las nueve, aquí.

ANA.— ¿Te lo tengo que agradecer?

ROSA.— Iré contigo. Dejaremos el coche en el parking. Y tú subirás sola. Subirás sola. ¿Estamos? Y despacharás tú sola. Y tuyo será el mérito, hasta el final. La plaza será tuya. Por tus méritos. Sé que te la mereces más que los otros competidores. ¿Qué pinta esta “payasa” en un momento tan decisivo de tu vida? ¿Si no he estado en otros, tan importantes como éste, por qué ahora? ¡No! ¡¡No!! ¡No! Yo te esperaré en el parking. ¡Peligroso parking...! Igual, mientras aguardo, viene un apuesto caballero y...

ANA.— ¿Sabes lo que me apetece en este preciso instante?

ROSA.— ¿Es algo prohibido? ¿Un pecado?

ANA.— ¿Quieres otro whisky?

ROSA.— No eres muy pecadora... Si es para acompañarte...

ANA.— Es para acompañarme.

ROSA.— ¡El último! Definitivamente.

ANA.— Los últimos.

ROSA.— ¿Los subes arriba?

ANA.— “Enchanté, madame”.

ROSA.— Ana, antes de subir, cierra bien la puerta. (*Hace mutis.*)

ANA.— Sí, mamá.

(Se sirve un whisky, que toma, poniéndose los zapatos que su madre se ha dejado a la entrada. Irá a cerrar la puerta. Oiremos como abre la puerta. Cerrará la puerta, se percibirá la acción de los pasadores. Se acerca a la cala. La coge y la abraza. La TATA aparecerá en uno de los laterales de la escena.)

TATA.— (*Curiosamente, con el volumen de voz muy bajo. Morbosilla.*) Una flor muy tiesa y muy misteriosa.

ANA.— (*No se sobresalta por la irrupción de TATA. Como si le pareciera algo de lo más natural. Mira a la TATA y afirma con la cabeza. Vuelve a mirar la flor y la besará tiernamente. Dirá en voz baja.*) Una flor que espera.

TATA.— No te oigo, pero no estoy de acuerdo. Es una flor muy

masculina.

ANA.— Los hombres no esperan.

TATA.— No te oigo, pero sigo sin estar de acuerdo. Son los hombres los que siempre esperan. ¡Ratones coloraos! Las mujeres, en realidad, nunca esperan nada. ¡Maldita sea mi sombra! ¿Mi señorita espera algo de Eduardo Pelotazo?

ANA.— *(Deja la cala fuera del jarrón. Niega con la cabeza.)* ¿De Eduardo Pelotazo?

ROSA.— *(En off.)* ¡Ana, ponle un poco de agua!

ANA.— *(Maliciosamente, en voz muy baja a la TATA.)* ¿A la flor?

TATA.— *(Siguiéndole la corriente.)* También a la flor. Esa flor necesita un punto de humedad.

ANA.— *(Va hacia el mueble frigorífico. Toma la botella de agua.)*

Sí, mamá. *(Se acerca con la botella de agua al florero. Pone agua. E introduce la cala en el florero. Luego, mecánicamente, preparará los whiskies, con agua... Se está produciendo como una metamorfosis en ella. Es una frialdad, en cierta forma, perversa. Hablando para su madre.)* ¿No demasiada, ¿verdad?

ROSA.— *(En off.)* No demasiada.

ANA.— No demasiada. *(Ordenará la habitación. Lentamente, va haciendo mutis, con los dos vasos de whisky.)* ¡Buenas noches!

TATA.— ¡Ratones coloraos! No oigo muy bien a mi señorita. Pero, buenas noches.

FIN DE LA PRIMERA PARTE
